

Estrategias simbólicas y marcos para la acción colectiva

Aquiles Chihu Amparán*

En este artículo se analizan las estrategias simbólicas y las dimensiones culturales de los movimientos sociales. Se parte del concepto de *marcos para la acción colectiva* en los especialistas en el estudio de los movimientos sociales. En seguida se consideran varias perspectivas donde los principales exponentes (Snow, Benford, Tarrow, Gerhards) definen las funciones de los marcos, así como las distintas fases del proceso de creación de marcos. La categoría de marcos para la acción colectiva da cuenta de los procesos culturales e ideológicos en los movimientos sociales. Este proceso de enmarcamiento funciona como guía para la acción colectiva y posibilita a los individuos percibir e identificar sus espacios de vida así como al mundo en general.

El propósito de este artículo es el de analizar las estrategias simbólicas y las dimensiones culturales de los movimientos sociales. Para lograrlo tomamos como punto de partida dos concepciones de la cultura: Por una parte, que la cultura constituye un canal para el desarrollo del movimiento. Por la otra, creemos que es un código, o un programa, que permite a los actores desempeñarse como miembros de una comunidad.

De acuerdo con la primera concepción, asumimos a la cultura como un repertorio de símbolos, mitos, rituales, tradiciones y visiones del mundo que los actores usan en diversos contextos para resolver distintos tipos de problemas. La cultura les permite a los actores construir estrategias de acción, formas de ordenar la acción a través

* Profesor-investigador, Departamento de Sociología, UAM-I.

del tiempo. Construir una estrategia de acción significa seleccionar ciertos elementos culturales y dotarlos de significados particulares en circunstancias concretas de la vida. La cultura es una caja de herramientas compuesta por símbolos, rituales, historias y visiones del mundo, mediante la cual los actores construyen estrategias de acción. En periodos de crisis, las colectividades movilizadas echan mano de esa caja de herramientas para subvertir los códigos culturales dominantes, y producir otros códigos que les permitan organizar de manera diferente la vida social.

De acuerdo con la segunda concepción, la cultura es el conjunto de formas simbólicas (ideales, materiales e institucionales) a las cuales los individuos les atribuyen significados subjetivos. Desde esta perspectiva, la consideramos como un sistema de significados comunicados a través de los procesos de simbolización.

Entendemos como nuevo movimiento social el conjunto de redes de interacción informales establecidas por individuos, grupos y organizaciones, involucrados en torno a conflictos culturales o políticos sobre la base de identidades colectivas compartidas. Con esta definición queremos destacar dos características de este tipo de movimientos.

La primera es que se trata de movimientos culturales; es decir, de grupos dispersos, fragmentados y sumergidos en la vida cotidiana que actúan como laboratorios culturales (Melucci, 1989:60). Este movimiento cultural implica compartir un conjunto de valores, estilos de vida, lenguaje, tradiciones y símbolos de pertenencia con los cuales un grupo se distingue como único. La segunda característica distintiva de los nuevos movimientos sociales se refiere a sus identidades colectivas; la identidad colectiva como auto-imagen que el grupo construye en un proceso de conflictos de índole cultural y política. Los nuevos movimientos sociales se caracterizan, ante todo, por ser movimientos identitarios, es decir, fundados en la construcción simbólica de identidades.

¿Cómo logran construir los movimientos estos referentes simbólicos? Éste es el interrogante que intentamos resolver.

Los marcos para la acción colectiva

El concepto de marcos para la acción colectiva se deriva del enfo-

que dramaturgico de Erving Goffman, para quien un marco se encuentra constituido por un esquema de interpretación que capacita a los individuos para ordenar sus vivencias dentro de su espacio de vida y el mundo en general (Goffman, 1974).

Otro antecedente de este tipo de análisis de la acción colectiva lo encontramos en el concepto de perspectiva que en el interaccionismo simbólico significa la matriz a partir de la cual uno percibe el medio ambiente. La perspectiva coincide con la cultura de un grupo social, no sólo proporciona los marcos de la acción, sino que también guía al individuo en la elección de cursos de acción específicos. Joel Charon resume la postura esencial del interaccionismo simbólico como sigue:

Los seres humanos se identifican con varios mundos sociales (grupos de referencia, sociedades), aprenden a través de la comunicación (interacción simbólica) las perspectivas (marcos simbólicos/culturales, cultura) de esos mundos sociales, y usan estas perspectivas para definir o interpretar las situaciones que se encuentran sucesivamente. Los individuos también perciben los efectos de sus acciones, reflejados en la utilidad de sus perspectivas, y las ajustan durante la situación en curso (Charon, 1979: 25).

Los marcos organizan las experiencias y guían la acción, ya sea individual o colectiva. Un marco es un esquema interpretativo que simplifica y condensa el mundo existente, al seleccionar y codificar objetos, situaciones, eventos, experiencias, y secuencias de acción, y relacionarlos con el medio en el que se desenvuelve el actor. En el caso de la acción colectiva, ésta sólo puede ocurrir cuando los participantes potenciales han desarrollado un sentido de injusticia con respecto a una situación específica. Es a este sentido de injusticia al que propiamente puede denominarse marco de injusticia. El marco de injusticia es el punto de partida para el desarrollo de los múltiples marcos de acción colectiva. Éstos son conjuntos de creencias, a través de las cuales se significan las situaciones, y a través de las cuales se legitiman las acciones de los movimientos sociales.

En este orden de cosas, los marcos para la acción colectiva desarrollan dos funciones centrales: por un lado seleccionan y puntúan objetos o eventos dentro de una situación, mientras que otros objetos o eventos quedan oscurecidos, y a través de esta organización de la situación se llega a una definición general de la misma. En la

medida en que en la acción colectiva se trata ante todo de acciones dirigidas hacia el bien público, la definición general de la situación corre a lo largo del eje “justo-injusto”. La otra función de los marcos es la de atribución y articulación. Mediante esta función, los marcos permiten tipificar las fuerzas o entidades que producen la situación anteriormente definida. Se puede entender por enmarcado entonces a este trabajo de producción de significados, a los procesos mediante los cuales se asigna significado a las situaciones y se interpreta ese significado.

El alineamiento de marcos

Mediante el concepto central de alineamiento de marcos (*frame alignment*) David Snow y colaboradores quieren captar el nexo entre las orientaciones interpretativas de los individuos y las organizaciones de los movimientos sociales, de tal manera que los intereses, valores y creencias individuales, y las actividades, metas e ideología de las organizaciones de los movimientos sociales sean congruentes y complementarios.

El marco actúa a un nivel individual o colectivo. En el segundo caso se requiere que un cierto número de actores compartan un mismo marco de interpretación y significado. Este proceso no se ha incluido en el análisis de los movimientos sociales. Para revisar el proceso, un concepto central es el de *micromovilización*, entendiéndose por tal a los variados procesos interactivos y comunicativos que afectan al alineamiento de marcos (Snow *et al.* 1986: 464). De acuerdo con estos autores el proceso global del alineamiento de marcos presenta cuatro rasgos característicos:

El primer rasgo distintivo del proceso de alineamiento de marcos es el del puenteo de marcos (*frame bridging*). Se trata del proceso mediante el cual una organización de un movimiento social trata de alinear su marco (formado por actividades, metas e ideologías) con el marco de los actores que potencialmente pueden participar en el movimiento. En este caso, se supone la existencia, dentro del público potencial, de agravios comunes, pero carentes de una base organizacional en la cual expresar el descontento y actuar de conformidad con los intereses del movimiento. Se trata de establecer un

punto entre los marcos interpretativos de los actores y los del movimiento social.

En este caso, el proceso no involucra una transformación de los marcos interpretativos de los actores sino acciones que permitan el encuentro estructural entre dos tipos de marcos afines: el de la organización del movimiento social y el de los actores. De manera que la micromovilización se lleva a cabo mediante el uso de las más variadas redes de comunicación interpersonales que rebasan los límites de la organización (redes interpersonales e intergrupales, los medios de comunicación masiva, el teléfono, el correo). Con base en estos procesos, la micromovilización pretende generar un fondo común de posibles adherentes, a la vez que atraerlos para que participen en la organización.

El segundo rasgo característico del alineamiento de marcos es el de la amplificación de éstos (*frame amplification*). Se refiere a los procesos mediante los cuales un cierto marco interpretativo, o los elementos del mismo, son reforzados y clarificados. Este proceso supone que los marcos de los actores no son totalidades coherentes y bien integradas, sino sistemas flexibles rodeados de elementos sueltos y poco integrados. Esto indica que los significados atribuidos a los eventos exteriores y su conexión con la vida inmediata de las personas son procesos más bien llenos de incertidumbre que de una seguridad completa. En este sentido, las organizaciones de los movimientos sociales pueden promover la certeza en los marcos al dotar, a uno o a varios elementos constituyentes de los marcos de los actores, de una centralidad que permita la integración de los demás elementos en un marco interpretativo coherente e integrado. El proceso de amplificación de marcos gira en torno a la consolidación de los valores y creencias de los actores sociales.

El tercer rasgo distintivo del proceso de alineamiento es el de la extensión del marco (*frame extension*). Este proceso surge cuando las actividades, las metas y las ideologías de las organizaciones de los movimientos sociales no encuentran una referencia con los valores, las creencias y los intereses de los actores sociales. En tal caso, una organización del movimiento social tiene que extender las fronteras de ese marco primario para englobar los intereses o los puntos de vista de potenciales adherentes. La micromovilización consiste en la identificación de cuáles son los intereses, valores y creencias

de los adherentes potenciales, y después en tratar de alinearlos con las necesidades de participación del movimiento social.

Un cuarto rasgo es el de la transformación del marco (*frame transformation*). Este proceso surge cuando las metas, las actividades y las ideologías de los movimientos sociales aparecen totalmente ajenas a los marcos interpretativos de los actores sociales. La transformación del marco consiste en la creación de nuevos valores, intereses y creencias en los actores que potencialmente participarán en la organización del movimiento social. Con la transformación del marco ocurre una transformación de las interpretaciones sobre un estado de realidad que, en sus contornos exteriores, permanece inmutable. Esta transformación de la interpretación tiene dos dimensiones analíticas que es necesario distinguir. Una condición social que durante mucho tiempo ha sido percibida como infortunada pero tolerable, es definida ahora como inexcusable e injusta. Mientras que esta dimensión anterior hace referencia al carácter de la condición social percibida, la segunda dimensión hace referencia a las causas de esa condición social, es decir, se trata de la asignación de responsabilidades o culpas por la condición social en cuestión.

La función de los marcos de referencia

¿Cuáles son las condiciones bajo las cuales un cierto proceso de surgimiento de marcos puede o no tener éxito en movilizar a los actores sociales? Con el propósito de resolver este interrogante, Snow y Benford distinguen tres tipos de marcos de la acción colectiva: 1) Marcos de diagnóstico (que consideran que una condición o evento social problemático necesita ser modificado). 2) Marcos de pronóstico (proponen una solución para un evento social problemático). 3) Marcos de movilización (proponen motivos para que los actores se comprometan a participar en la acción correctiva).

El marco de diagnóstico involucra la identificación de un problema y la atribución de culpa o causalidad. Si bien la identificación del problema puede ser una tarea poco controvertida, resulta más difícil lograr un consenso, al interior del movimiento social, respecto de las responsabilidades o las causas de la condición pro-

blemática. En la medida en que se realicen atribuciones diferentes pueden surgir, dentro del movimiento, diferentes tendencias que pueden dificultar los subsecuentes intentos de creación de marcos.

El marco de pronóstico no sólo sugiere soluciones al problema, sino que también identifica las estrategias, las tácticas y los objetivos. Existe una gran afinidad entre el marco de diagnóstico y el de pronóstico, en el sentido de que el tipo de estrategias, tácticas y objetivos o blancos propuestos por el marco de pronóstico son consecuentes con el diagnóstico.

Ni la identificación de un problema y los responsables de éste, ni la propuesta de medidas concretas para su solución, por sí mismas, son suficientes para provocar la participación de los actores en un movimiento social. Hace falta construir motivos para alentar esa participación a través de los marcos de movilización.

Los marcos de diagnóstico y de pronóstico influyen de manera importante en la configuración de los motivos. Un marco de diagnóstico y pronóstico esbozado en términos fatalistas generará pocos motivos para la participación. Puede ocurrir que el marco de diagnóstico esté suficientemente elaborado, al resaltar la situación problemática y a los responsables, pero que el marco de pronóstico esté poco desarrollado, de manera que los caminos de acción aparezcan poco claros. Esto genera incertidumbre, lo cual disminuye los motivos para la acción. Finalmente, es posible que el lenguaje con el que están construidos los marcos de diagnóstico y de pronóstico sean ajenos al lenguaje de los potenciales participantes, lo cual desalienta la motivación para participar.

Los pioneros en el análisis de los marcos de la acción colectiva, David Snow y Robert Benford, advierten que los marcos interpretativos tienen tres características básicas: puntúan, ordenan y señalan los objetos de la realidad exterior; producen orientaciones de atribución; y producen orientaciones de articulación.

Mediante la función de puntuación los marcos permiten que los actores sociales perciban una condición social, o una serie de eventos, como una injusticia: “redefinen como injusto o inmoral lo que, previamente había sido visto como desafortunado pero quizá tolerable” (Snow y Benford, 1992:137).

A través de la función de atribución los marcos de acción colectiva se conectan directamente con la acción (deben orientar direc-

tamente a los actores a la acción). La definición de la situación realizada por la función de puntuación no es suficiente para producir esas orientaciones para la acción. En consecuencia, los marcos de acción colectiva tienen que realizar una doble tarea de atribución: por un lado, atribuir la responsabilidad o la culpa por una situación injusta a una institución o a un actor reconocible —lo que los autores llaman atribución diagnóstica—; y por otro lado, concebir soluciones y acciones específicas para acabar con la situación injusta, la atribución pronóstica (Snow y Benford, 1992:137).

La función de articulación permite a los actores enlazar y alinear un vasto conjunto de eventos y experiencias, de manera que puedan mantenerlos juntos de un modo relativamente unificado y significativo. La articulación supone que las maneras de dar significado a los escenarios sociales no depende de los elementos de contenido, sino de la manera en que esos contenidos son articulados. De ahí la posibilidad de distintas lecturas ideológicas de una misma situación.

Otro importante analista que adopta esta metodología es Sidney Tarrow, quien define los marcos de la acción colectiva como guías construidas deliberadamente para la acción por los organizadores de los movimientos sociales (Tarrow, 1992:177). Desde su punto de vista, los marcos de acción colectiva deben construirse sobre la base de las mentalidades sociales y la cultura política de una sociedad específica.

Una interesante veta de estudio de la cultura política se encuentra en el análisis de cómo las personas eligen los símbolos que los impulsan a actuar colectivamente, y cómo esos símbolos son preferidos por los participantes del movimiento. Los símbolos y preferencias dentro de una cultura política se vuelven guías para la acción de un movimiento social, lo cual excluye a muchos de los símbolos de obediencia y pasividad que abundan en las culturas políticas dominantes. Hay que encontrar esos símbolos movilizadores en las culturas políticas de oposición. Cuando los movimientos sólo pueden sustentar sus marcos sobre los de la cultura política dominante, corren el riesgo de ser cooptados (Tarrow, 1992: 196).

Tarrow trata de articular las dimensiones simbólicas y estratégicas de los movimientos sociales. Para ello, parte del reconocimiento de la importancia de las dimensiones simbólicas de todo movimiento

social y considera que una de las principales tareas de las organizaciones del movimiento es la de encontrar símbolos que resulten lo suficientemente conocidos como para movilizar a la gente. De manera que los movimientos sociales deben crear, por un lado, un marco simbólico y cognitivo para producir la acción colectiva, y por el otro, establecer demarcaciones y fronteras respecto a la cultura heredada para oponer una acción colectiva contrahegemónica.

En opinión de Tarrow, las formas de acción colectiva constituyen parte de la tradición cultural de una sociedad. En consecuencia, pertenecen a un repertorio de acción que puede ser utilizado para activar la movilización social. Las posibilidades de éxito de un movimiento social dependen en gran medida de que los actores sean atraídos hacia un repertorio conocido de formas concretas de acción colectiva. Al respecto, el liderazgo desempeña un papel importante ya que debe ser capaz de vincular “temas que, o bien están inscritos en la cultura o se inventan sobre la marcha, o —más comúnmente— fusionan elementos de las convenciones con nuevos marcos de significado” (Tarrow, 1997:52).

El mantenimiento de una acción colectiva y su conversión en movimiento social depende de dos factores. Por una parte, de la movilización de la gente a través de redes sociales y por la otra de la movilización en torno a símbolos identificables extraídos de marcos culturales de significado. Las razones por las que un actor interviene en una acción colectiva son múltiples. No obstante, el proceso más importante reside en la pertenencia a ciertos grupos de interacción directa que son las redes sociales. La pertenencia a éstas implica que sus miembros comparten una cultura, una forma de organizar la vida social, que permite el surgimiento de orientaciones y motivaciones comunes. Los actores sociales insertos en redes se comunican a través de un universo de significados compartidos.

Marcos maestros y ciclos de protesta

Resulta interesante el análisis que realizan Snow y Benford (1992) sobre las relaciones entre su concepto de marcos maestros y el concepto desarrollado por Sidney Tarrow (1997) sobre los ciclos de protesta.

El concepto de ciclos de protesta está orientado a captar el fenómeno de la convergencia de varios tipos de acciones colectivas, de tal manera que pareciera formarse una especie de movimiento social global. Por lo que se refiere al concepto señalábamos anteriormente que los marcos interpretativos tienen, en la acción colectiva, tres características básicas: puntúan, producen orientaciones de atribución y producen orientaciones de articulación. Los marcos maestros realizan las mismas funciones que los marcos de acción colectiva, pero para un conjunto de organizaciones de movimientos sociales.

Se tienen que destacar tres funciones de estos marcos maestros: la función atribucional, la de articulación y la de movilización.

La función atribucional es similar a la que realizan los marcos de acción colectiva, pero de una manera genérica, y no particular. La primera función general de la atribución es ubicar si las causas de una situación injusta son internas o externas. Los marcos maestros producen modelos de atribución causal, mediante los cuales los actores vinculan ciertas causas con ciertos efectos. De esta manera, los marcos maestros pueden lograr una convergencia de varios movimientos sociales en torno a un cierto modelo de atribución causal: se pueden sostener modelos en los cuales las causas de la situación injusta se consideran internas a los individuos (como los movimientos de autodesarrollo), o bien se consideran provenientes de actores o instituciones externos.

La función de articulación. Los marcos maestros pueden articular experiencias y sucesos diversos de una manera significativa, y de ese modo constituir sistemas de significado. Se puede distinguir entre sistemas rígidos de significado y sistemas flexibles de significado. Los primeros no permiten, o permiten de una manera más difícil, la articulación de nuevos sucesos o eventos dentro de su sistema cognitivo. Ello quiere decir que realizan más difícilmente las funciones de amplificación y extensión. Los segundos permiten la incorporación de nuevos eventos y sucesos dentro de su sistema cognitivo. Mientras los primeros tienden a ser particularistas (y tienen poca capacidad para hacer converger distintos movimientos sociales), los segundos tienden a ser incluyentes, al permitir la convergencia de una gran cantidad de movimientos sociales.

La función de movilización. El potencial de movilización de un

marco maestro depende tanto de su capacidad de articulación (mientras más flexible y elaborado permitirá una mayor convergencia de movimientos sociales), como de la resonancia que tenga entre aquellos actores sobre los cuales recae (es decir, debe tener una conexión inmediata con el mundo de vida de los posibles participantes).

Tarrow (1997) definió a los ciclos de protesta como secuencias escalonadas de acción colectiva, que tienen una frecuencia y una intensidad extraordinarias, que se extienden a través de varios sectores y regiones de la sociedad. Este autor ha indicado que la aparición de los ciclos de protesta está condicionada por el hecho de que las oportunidades políticas se aprovechen y por el tipo de técnicas de protesta utilizadas. Por su parte, Snow y Benford (1992) sostienen que esa especie de unidad también es obtenida a través de la existencia de marcos maestros, como construcciones interpretativas. Estos analistas estudian las distintas propiedades de los marcos maestros en relación con las tres fases de un ciclo de protesta: el surgimiento, el mantenimiento y el declive de un ciclo de protesta. Para este propósito plantean diez hipótesis.

1. Toda emergencia de un ciclo de protesta está relacionada con el surgimiento de un marco maestro innovador, con respecto a los que existen en un momento dado. Como hemos visto, la novedad de los marcos maestros no deriva necesariamente de la existencia de nuevos sucesos o eventos, sino también de la articulación novedosa de sucesos y eventos ya conocidos.
2. Las condiciones socio-estructurales no bastan por sí mismas para desatar un ciclo de protesta, la falta de un marco maestro que guíe a la acción a los actores colectivos puede hacer fracasar la emergencia de un ciclo de protesta cuando las condiciones están dadas.
3. Los movimientos sociales que inician un ciclo de protesta, del mismo modo que pueden hegemonizar un tipo de tecnología de protesta, pueden colocar un marco maestro que funcione como el punto de referencia interpretativo para los marcos generados por los movimientos sociales que aparezcan más tarde en el ciclo de protesta.
4. Los movimientos sociales que emergen tardíamente en el ciclo de protesta, construyen sus marcos interpretativos dentro de un campo conformado por el marco maestro. Esto genera restricciones con respecto a la forma de esos marcos interpretativos.
5. En la medida en que hemos visto que una de las funciones de los marcos es la de propo-

ner soluciones específicas para la situación injusta que se trata de remediar, y que esas soluciones están conectadas con el tipo de factores que causan esa situación injusta, es posible afirmar que un marco maestro novedoso introduce novedades tácticas. 6. La elección de ciertas tácticas dentro de los movimientos no se realiza sólo en función de las oportunidades o restricciones externas, sino también, del marco maestro que condiciona las interpretaciones sobre esas oportunidades y restricciones. 7. La potencia de movilización de un marco maestro determina la forma del ciclo de protesta, entendiendo por ello el alcance ecológico del ciclo (es decir, el número de movimientos sociales en que puede influir y las zonas de la sociedad que puede afectar) y el alcance temporal del ciclo (su extensión en el tiempo). 8. Se puede decir que un marco maestro no sólo puede incrementar su potencia de movilización por sus características intrínsecas, sino también a través de los esfuerzos que realizan los movimientos por amplificar y extender el marco maestro dentro de la sociedad de manera que resulten resonantes. 9. En la medida en que la potencia de un marco maestro depende de su capacidad de resonancia (es decir, de su capacidad de estar en consonancia con elementos centrales de la cultura general), un cambio en el clima cultural general puede reducir su potencia, y con ello contribuir al declive de un ciclo de protesta. 10. Resulta factible la aparición de marcos interpretativos que compitan con el marco maestro. Esta competencia puede conducir a evidenciar la inconsistencia y las contradicciones dentro del marco maestro, lo cual produce una disminución de su resonancia. Dentro de la duración del ciclo de protesta, puede ser una constante que el Estado y los medios de comunicación masiva produzcan continuamente marcos interpretativos que traten de deslegitimar al marco maestro generado por los movimientos sociales (Snow y Benford, 1992: 143-150).

Estrategias en la creación de los marcos

Los analistas han logrado ubicar varias fases en el proceso de la constitución de los marcos de referencia; Jürgen Gerhards distingue cinco: 1. Localización de un tema y su interpretación como un problema social. 2. Atribución causal del problema a factores y a

agentes. 3. Interpretación de las metas y de las oportunidades de éxito de la movilización. 4. Ubicación de una instancia para la resolución del problema. 5. Justificación del propio actor colectivo en tanto actor legítimo.

En relación con la primera fase de localización de un tema y su interpretación como problema social, es necesario aclarar que para que surja una movilización social, un fenómeno empírico debe ser definido como un problema a resolver por el sistema político. Se pueden definir varias estrategias utilizadas por los movimientos sociales para llevar a cabo esto. Un tema complejo puede ser simplificado conceptualmente al utilizar un término simple para su designación. Se facilita así la comunicación entre los actores individuales acerca del tema. El tema debe ser además enunciado de tal manera que sea creíble, es decir, que se trate de un problema factible. El problema debe tener un referente empírico y ser convertido en problema mediante una estrategia de contrastación entre lo que es y lo que debe ser. Estos marcos de injusticia son construidos en forma de dicotomías. La manera de lograr que los actores individuales asuman el marco de injusticia así construido corre por dos vías. Por un lado, haciendo del tema algo concreto o cercano a la experiencia cotidiana de esos actores. Por el otro lado, incluyendo el tema dentro de un esquema de interpretación amplio. De esta manera, si el fenómeno individual puede ser interpretado en el contexto de valores universales o de marcos ideológicos, entonces reciben una carga normativa (Gerhards, 1993: 230); es decir, los actores le atribuyen al tema una importancia que los lleva a buscar urgentemente una solución.

Por lo que respecta a la segunda fase de atribución causal del problema a factores y a agentes, es necesario decir que la definición de un fenómeno empírico como un problema es el paso más importante para movilizar a la gente. Esa movilización puede ser más efectiva si se definen además los agentes causales del mismo. Al igual que en la definición del problema, es posible utilizar una categoría simple para designar a un conjunto complejo de agentes causales, y de esa manera se facilita la comunicación entre los actores acerca de las causas del problema. La causa de un problema no debe ser definida nunca en términos de auto-responsabilidad, sino atribuida a un agente exterior. Los actores movilizados no deben sentir ninguna responsa-

bilidad propia con respecto al problema. El potencial de movilización de esta atribución de causas se incrementa si se logra identificar a personas concretas como agentes causales. A esto se le puede llamar estrategia de personalización. Existe una estrategia adicional que se puede denominar intencionalización, por medio de la cual puede atribuirse a las personas concretas que son consideradas como agentes causales, la intención deliberada en la causación del problema, es decir, la persecución de intereses personales que se oponen a la idea del bien común. Finalmente se puede encontrar otra estrategia para incrementar el poder movilizador de la atribución causal: la moralización. Este término significa la transformación de las opiniones de los oponentes al movimiento social, en opiniones moralmente reprobables. La principal consecuencia de la moralización es que los oponentes son despojados del respeto mínimo que se le otorga a un miembro de la misma comunidad.

Como tercera fase del proceso de constitución de los marcos tenemos el enmarcado de las metas y de las oportunidades de éxito. Una vez que un evento es elevado a la categoría de problema, no sólo se definen los agentes causales, sino también las metas que el movimiento social se asigna a sí mismo con respecto a la solución de esos problemas. Aquí también se aplican algunas estrategias análogas a las que hemos revisado anteriormente. Un conjunto complejo de metas puede ser designado mediante el uso de una categoría simple, que facilite la comunicación entre los participantes del movimiento social; las metas pueden ser cargadas normativamente al incluirlas dentro de un esquema más amplio de valores universales; las metas pueden ser expresadas como importantes para los actores individuales al mostrar los beneficios prácticos para sus vidas. Pero una estrategia que incrementa el potencial movilizador de la definición de las metas, es la de incrementar la percepción que tienen los actores participantes acerca de las oportunidades de éxito del movimiento social respecto de tales metas. Una estrategia al efecto es la referencia a los precursores o a ejemplos históricos en que las movilizaciones sociales tuvieron éxito. Otra estrategia es definir el mayor número posible de apoyos hacia el movimiento social, pues mientras más grande sea ese número definido, más se podrá esperar que los actores individuales se unan al movimiento, y de ese modo se incrementan sus oportunidades de éxito.

En la cuarta fase del enmarcado de las instancias de solución de los problemas, los movimientos sociales no sólo deben enmarcar a los agentes causales, sino también a las instancias que se espera que solucionen el problema. En las sociedades modernas, normalmente se ha considerado que el sistema político es la instancia maestra de resolución de problemas sociales. La razón de esto tiene que ver con la importancia histórica que ha tenido el sistema político en la construcción de los Estados-nación y en los procesos de modernización económica. La política se ha convertido en el agente universal del control societal y, consecuentemente, en el destinatario de las demandas políticas, aunque, frecuentemente no es la causa del problema que está siendo considerado. El potencial de movilización de un movimiento social se incrementa en la medida en que se convenza a los participantes de que el sistema político es incapaz de solucionar por sí mismo el problema que saca a la luz el movimiento social. Mediante este convencimiento, los movimientos sociales aparecen como instancias de solución que sustituyen a otras alternativas funcionales de solución. Desacreditar al gobierno es, frecuentemente, una parte del trabajo de enmarcado de los movimientos sociales (Gerhards, 1993: 233). Para llevar a cabo la deslegitimación de los destinatarios de las demandas sociales se pueden utilizar las mismas estrategias empleadas en el caso de la atribución de las causas del problema: la personalización del destinatario, la imputación de una intención a las acciones del destinatario en términos de la búsqueda de intereses personales, y la moralización del destinatario. Normalmente se considera que los destinatarios de las demandas sociales son incapaces de solucionar los problemas porque son corruptos.

La quinta fase del proceso es la de la auto-legitimación de los movimientos sociales. El potencial de un movimiento social se incrementa en la medida en que puede presentarse a sí mismo como un actor colectivo confiable y valioso. Se requiere conseguir la aprobación de sus probables partidarios, sobre todo mostrando que el movimiento no persigue los fines particulares de una persona concreta, sino la obtención de un bien público. Las estrategias utilizadas para esta legitimación de los movimientos sociales son variadas. Los activistas necesitan una concepción de sí mismos. Una concepción que será legítima a los ojos de los posibles partidarios en la

medida en que esa concepción se esboce en términos de un valor ampliamente compartido por la sociedad. Los iniciadores del movimiento pueden intentar reclutar a personajes renombrados y confiables a los ojos de la sociedad, para que éstos contagien al movimiento social con su propio carisma. Normalmente estos personajes provienen de segmentos de la sociedad, cuya actividad es considerada valiosa y realizada con desinterés, por ejemplo, las iglesias, las universidades, el mundo del arte. La credibilidad de un movimiento social, finalmente, se incrementa tanto en los marcos de interpretación que utiliza (para definir el problema, para definir a los agentes causales, para definir las metas y las oportunidades de éxito, para deslegitimar a los destinatarios de las demandas sociales) son considerados por sus posibles partidarios como correctos.

En opinión de Gerhards (1993), mientras estas cinco dimensiones y estrategias se mantengan más interrelacionadas, más grande será el potencial movilizador de los procesos de enmarcado realizados por el movimiento social. En otras palabras, en la medida en que cada una de las dimensiones de enmarcado sean exitosas, se incrementará el potencial movilizador de ese fenómeno social.

Estrategias simbólicas

Al hablar de las estrategias simbólicas de los movimientos sociales queremos hacer referencia al hecho de que éstos son productores simbólicos. El término de estrategias simbólicas está estrechamente relacionado con la propuesta de los marcos para la acción colectiva. Sin embargo, conviene aclarar que los especialistas en este análisis no hablan nunca de estrategias simbólicas como tales, sino más bien de estrategias de enmarcado (*framing strategies*), como lo hace, por ejemplo, Gerhards (1993). El uso del término estrategia revela claramente una de las tendencias más pronunciadas dentro de los analistas de los marcos. Se trata de la tendencia a considerar que los marcos son tanto el resultado de la existencia de una tradición cultural, como el producto de ciertos actores individuales (y en particular los activistas de los movimientos sociales) que ejercen un control considerable sobre los procesos de formación de los marcos. Las estrategias de enmarcado están dirigidas a hacer que

los distintos tipos de marcos construidos por los activistas de los movimientos sociales (marcos de diagnóstico, marcos de atribución de causalidad, marcos de pronóstico) adquieran resonancia dentro del sector de población que quieren movilizar.

Uno de los aspectos más interesantes de las estrategias de enmarcado tienen que ver con el contexto cultural informático y audiovisual en el que transcurre la mayor parte de la vida pública de las sociedades actuales. De esta manera, dentro de las estrategias de producción simbólica cobra una importancia especial el uso que hacen de la televisión los movimientos sociales. De acuerdo con Gamson (1995) las personas se forman un juicio sobre los problemas públicos a partir de tres fuentes. En primer lugar, las posturas originales expresadas por los agentes involucrados directamente en los problemas. En segundo, las presentaciones que hacen los medios de comunicación acerca de los debates que realizan con los oponentes. Y finalmente, mediante las herramientas culturales que conforman el sentido común de las personas a través del cual se otorga sentido a los eventos de la realidad. Según Gamson una persona tendrá una comprensión más completa de los problemas públicos en la medida en que recurra más a estas tres fuentes de información. Por el contrario, la comprensión será menos completa cuando las personas dependan más de un sola fuente de información.

Los medios de comunicación pueden ser bastante receptivos hacia los movimientos sociales, puesto que prefieren las historias impacantes. La manera en que comunican las acciones de los movimientos sociales puede contribuir a fortalecer los marcos de injusticia creados por éstos. En tal sentido, los estudiosos consideran la construcción de marcos como una estrategia que pueden aprender los activistas del movimiento social para fortalecer la capacidad de movilización. Tal y como hemos señalado anteriormente, los líderes fincan sus estrategias en la tradición cultural que llega a hacerse visible para los miembros de los movimientos sociales en la construcción de significados. Por ejemplo, los rituales pueden ser utilizados como un recurso para la movilización, o como marcos de significado e interpretación de una gran fuerza emotiva. Los rituales, en los movimientos sociales, llegan a desempeñar las mismas funciones que en una comunidad al establecer lazos invisibles entre los individuos y entre generaciones produciendo la continuidad del

movimiento. Los rituales pueden aparecer en las marchas conmemorativas de eventos pasados, importantes para el movimiento, o en canciones representativas del movimiento. El ritual se constituye así como una acción que dramatiza y recupera la mitología compartida del grupo social.

Por otra parte, el análisis de las estrategias de producción simbólica de los movimientos sociales se encuentra estrechamente relacionado con el de los procesos de construcción de las identidades colectivas.

La identidad emerge como producto de un doble movimiento: el de autorreconocimiento y el de reconocimiento externo. En la identidad, como aspiración a diferenciarse uno mismo con respecto al mundo circundante y a ser reconocido, todo actor colectivo despliega una serie de marcadores de identidad (símbolos y mitos). La noción que el actor construye acerca de sí mismo es confrontada continuamente con las imágenes que producen de él otros actores. Un actor sólo puede asumir que la representación que produce acerca de sí mismo es legítima cuando encuentra el reconocimiento en la imagen que construyen de él los actores externos.

Esta dialéctica supone que el actor colectivo produce sus autodefiniciones con el fin de que éstas sean adoptadas por los actores externos. Si no existe este intento el actor colectivo se condena a la marginación y a su reducción como comportamiento desviado. Más aun, se expone a que los actores externos produzcan definiciones estigmatizadas de él. Precisamente, esta capacidad para imponer definiciones negativas y estigmatizadas de la identidad de otros grupos constituye un mecanismo fundamental de la dominación social.

Existe un debate acerca de si la identidad colectiva desarrollada en la acción colectiva es un atributo natural del grupo que la sostiene, o bien si se trata de una construcción social.

Según Melucci (1995), tres elementos se encuentran en la formación de una identidad colectiva. En primer lugar, la presencia de aspectos cognitivos que definen los objetivos, los medios y el ámbito de la acción colectiva. Este nivel cognitivo está compuesto por rituales, prácticas y producciones culturales que pueden ser muy homogéneas o muy divergentes. Los elementos de este nivel cognitivo serían los siguientes:

1. Modelos de comportamiento que definen a los activistas con respecto a las personas ordinarias.
2. Estilos de vestir que definen de manera directa una apariencia que expresa la diferencia de los militantes.
3. Símbolos.
4. Personajes.
5. Artefactos.
6. Eventos o lugares dotados de significado simbólico.
7. Narrativas.

Estos mecanismos son usados en formas rituales específicas dentro del movimiento. Los rituales son formas de expresión simbólica, a través de las cuales se transmiten comunicaciones referentes a las relaciones sociales, de una forma estilizada y dramatizada. Son procedimientos, más o menos codificados, a través de los cuales se comunica una visión del mundo, se reproduce una experiencia histórica básica y se echan abajo códigos simbólicos. Los rituales refuerzan la identidad y los sentimientos colectivos de pertenencia y permiten a los participantes en el movimiento tener control sobre sus emociones. El recuerdo de eventos particularmente significativos en la historia de los movimientos de oposición es marcado por prácticas rituales. Las prácticas rituales no se reducen simplemente a demostraciones públicas de naturaleza celebratoria; también los eventos de protesta tienen una dimensión ritual que asume un aspecto poderosamente dramático y espectacular.

Otro tipo importante de rituales son los que se relacionan con la vida interna del grupo. Por ejemplo, los procedimientos para señalar la admisión de un nuevo miembro toman la forma de ritos de pasaje. También existen los procedimientos que señalan la transformación de la posición de los militantes, por ejemplo, cuando parecen incrementar su nivel de compromiso en el movimiento.

Un segundo elemento general dentro de la formación de las identidades colectivas es el de la existencia de redes de relaciones entre actores que se comunican, influyen, interactúan, negocian entre sí y adoptan decisiones.

Finalmente, en tercer lugar, la formación de las identidades colectivas requiere un cierto grado de involucramiento emocional de los miembros, de manera que éstos puedan sentirse parte de un nosotros.

La producción simbólica de los movimientos, según Melucci (1995), no sólo está encaminada a la producción de las identidades colectivas, sino también a la de desafíos simbólicos que emergen en las redes de los movimientos sociales durante largos procesos de elaboración en los momentos de latencia o de inactividad pública.

Consideraciones finales

El estudio de los movimientos sociales ha girado principalmente en torno al análisis de los aspectos políticos, organizativos y estructurales en detrimento de la investigación de las dimensiones culturales de la acción colectiva.

El enfoque de los marcos para la acción colectiva en especialistas como Snow, Benford, Tarrow, Gerhards resulta un gran aporte heurístico en el que se enfatizan las dimensiones culturales de los movimientos sociales. Considero que se trata de una perspectiva de análisis que se sitúa en la sociología de la cultura, un campo dedicado al estudio de las condiciones de producción, difusión y uso de los objetos culturales, materiales y simbólicos.

Desde esta perspectiva, los movimientos sociales son observados tanto en función de sus capacidades como productores de significados (producción de significados realizada a través del discurso público, propaganda, ceremonias, rituales y símbolos políticos) como de acuerdo con la manera en que los movimientos sociales construyen elementos culturales y contribuyen a la movilización, el reclutamiento y la solidaridad de los integrantes de los movimientos.

A la vez, es necesario subrayar que el concepto de marcos para la acción colectiva constituye un intento por lograr el análisis de los procesos simbólicos de los movimientos sociales. El estudio de las estrategias simbólicas proporciona pistas importantes acerca de la ideología, la movilización de los actores sociales y la construcción de la cohesión social necesaria para el éxito de las acciones colectivas. Este tipo de investigación ha puesto el énfasis en la manera en que los activistas de los movimientos sociales construyen mensajes relacionados con injusticias sociales.

En este panorama, se considera que los nuevos actores colecti-

vos, a diferencia del tradicional movimiento obrero, no son movilizadas tanto en relación con conflictos y con su posición de clase, sino que se movilizan en función de cambios culturales y políticos que dan lugar a que los procesos de constitución de identidades colectivas giren en torno a la construcción simbólica de identidades de género (el movimiento feminista), etnia (el movimiento indígena), edad (los movimientos juveniles o de jubilados), o con relación a concepciones sobre el carácter del progreso, los problemas ecológicos o la paz mundial.

Estos procesos de construcciones simbólicas de identidades originan la emergencia y el desarrollo de culturas propias de los movimientos sociales. Es decir, prácticas y procesos de construcción de significado a través de los cuales un determinado movimiento marca su singularidad frente a las pautas de interacción y expresión establecidas por la cultura global que rodea al movimiento.

Las culturas de los movimientos sociales pueden expresarse públicamente a través de la producción y exteriorización de una ideología específica del movimiento. Las prácticas y los procesos que conforman la cultura de un movimiento incluyen las ideologías específicas, rituales, acciones simbólicas, formas de hablar especiales, formas de expresión artística, sistemas de valores, cultura material y objetos peculiares del movimiento. Todo ello ayuda a construir la solidaridad e identidad del movimiento social. Los marcos de la acción colectiva son guías construidas deliberadamente para la acción por los organizadores de los movimientos sociales. Los marcos deben de construirse sobre la base de las mentalidades sociales y de la cultura política de una sociedad específica. Una interesante veta de estudio de la cultura política se encuentra en el análisis de cómo la gente elige los símbolos que la impulsan a actuar colectivamente, y cómo esos símbolos son preferidos por los participantes del movimiento. Los símbolos y preferencias dentro de una cultura política se vuelven guías para la acción de un movimiento social, lo cual excluye muchos de los símbolos de obediencia y pasividad que abundan en las culturas políticas dominantes. Hay que encontrar esos símbolos movilizados en las culturas políticas de oposición. Cuando los movimientos sólo pueden sustentar sus marcos sobre los de la cultura política dominante, corren el riesgo de ser cooptados.

Tarrow (1997) trata de articular las dimensiones simbólicas y estratégicas de los movimientos sociales. Para ello, parte del reconocimiento de la importancia de las dimensiones simbólicas de todo movimiento social y considera que una de las principales tareas de las organizaciones del movimiento es la de encontrar símbolos que resulten lo suficientemente conocidos como para movilizar a la gente. De manera que los movimientos sociales deben crear, por un lado, un marco simbólico y cognitivo para producir la acción colectiva, y por el otro, deben establecer una demarcación y fronteras respecto a la cultura heredada para oponer una acción colectiva contrahegemónica.

En los procesos de construcción de identidades los actores sociales recurren a símbolos y a prácticas rituales que les sirven como vehículos de identificación tanto como códigos que norman sus relaciones sociales. Estos símbolos cumplen funciones estéticas, cognitivas, afectivas y estratégicas. Los rituales constituyen una acción altamente estructurada en términos de secuencias repetitivas de actos que se convierten en un importante medio para canalizar emociones. Como acciones simbólicas, las ceremonias y los rituales tienden a cumplir con la función de movilizar emocionalmente a los actores participantes, a la vez que cumplen la función de otorgar sentido y significado al mundo de los individuos miembros de los grupos.

Uno de los motivos por los cuales la gente ingresa en un movimiento se origina en el hecho de que ello les proporciona un sentimiento de pertenencia a un grupo o familia que comparte sus concepciones del mundo. Con esta finalidad, muchos grupos emplean imágenes y emblemas que son reconocidos y tienen el significado de símbolos de membresía al grupo. Estos símbolos de identidad contribuyen a la creación y al fortalecimiento de vínculos afectivos, psicológicos y sociales necesarios para la interacción y el mantenimiento del grupo.

Estos símbolos de un movimiento cultural pueden ser: rituales; particulares maneras de hablar; vestidos y ropas especiales. La identidad colectiva se configura en una pluralidad de individuos que se ven a sí mismos como similares o que tienen conductas semejantes. La identidad de grupo es el producto de una definición colectiva interna. Pero al mismo tiempo que se crea una identidad de

grupo, se crea un proceso de identificación de los que no pertenecen al grupo. Los individuos se identifican como parte de un grupo cuando alguna característica que poseen en común con otros actores es definida como importante y sobresaliente; es decir, un grupo adquiere una identidad colectiva mediante esquemas cognitivos que definen sus metas, medios y el ambiente en que se desarrolla el grupo. Por otra parte, los grupos construyen su identidad estableciendo fronteras que demarcan territorios sociales entre los distintos grupos. Estas fronteras se crean poniendo de relieve las diferencias entre el mundo propio y el ajeno. Normalmente son los grupos sociales dominantes los que crean fronteras que los distinguen de los grupos dominados. No obstante, en respuesta, los grupos subalternos empiezan a construir sus propias fronteras, oponiéndose a las categorías con que la clase dominante los ha estigmatizado. La construcción de una identidad entre los grupos dominados conduce a la tendencia a distanciarse de los valores y estructuras de significado de la cultura dominante, afirmando valores y estructuras alternativas. La identificación de grupo presupone que los miembros se perciben a sí mismos como similares. La colectividad significa que los actores comparten algo en común. En esta construcción simbólica resultan de gran importancia los símbolos y rituales. Los símbolos generan un sentido de pertenencia que es compartido por los actores, los rituales pueden actuar como símbolos de colectividad.

Bibliografía

- Charon, Joel (1979). *Symbolic Interactionism: An Introduction, an Interpretation, an Integration*, Prentice-Hall, Englewood.
- Gamson, William 1995. "Constructing Social Protest", en: Johnston Hank y Klandermans, Bert, *Social Movements and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 85-106.
- Gerhards, Jürgen (1993). "Framing Dimensions and Framing Strategies: Contrasting Ideal- and Real-Type Frames", *Social Science Information*, vol. 34, núm. 2, pp. 225-248.
- Goffman, Erving (1979). *Frame Analysis: An Essay on the Organization of Experience*. London: Harper and Row.

- Johnston, Hank (1995). "A Methodology for Frame Analysis: From Discourse to Cognitive Schemata", en: Hank Johnston y Bert Klandermans eds., *Social Movements and Culture*, London: UCL Press.
- Melucci, Alberto (1985). "The Symbolic Challenge of Contemporary Movements", *Social Research*, 52, 4, Winter, 1985, pp. 789-816.
- _____ (1986). "Las teorías de los movimientos sociales", en: *Estudios Políticos*, nueva época, vol. 5 (abril-junio) núm 2, pp. 92-101.
- _____ (1988). "Getting Involved: Identity and Mobilization in Social Movements", en: B. Klandermans, H. Kriesi y S. Tarrow (eds). *From Structure to Action*, Greenwich, CT: JAI Press. International Social Movement Research; 1988, vol. 1, pp. 329-348.
- _____ (1989). *Nomads of the Present*. London: Hutchinson, Philadelphia: Temple University Press.
- _____ (1991). "La acción colectiva como construcción social", *Estudios Sociológicos*; 1991, 9, 26 (mayo-agosto), pp. 357-364.
- _____ (1995). "The Process of Collective Identity", en: *Social Movements and Culture*, Johnston, Hank, & Klandermans, Bert (Eds), Minneapolis, U of Minnesota Press, 1995, pp. 41-63.
- _____ (1996). *Challenging codes: Collective action in the information age*. England, Cambridge U Press.
- Polleta, Francesca (1997). "Culture and Its Discontents: Recent Theorizing on the Cultural Dimensions of Protest", *Sociological Inquiry*, vol.67, núm. 4, noviembre, pp. 431-450.
- Snow, David., et al. (1986) "Frame Alignment Processes, Microbolization, and Movement Participation", *American Sociological Review*, 51 pp. 464-481.
- Snow, David y Benford, Robert. (1988). "Ideology, Frame Resonance, and Participant Mobilization", en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow eds., *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures. International Social Movement Research*, vol. 1, (197-217), Greenwich: JAI Press.

- _____ (1992). "Master Frames and Cycles of Protest", en Aldon Morris y Carol McClurg Mueller, *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven y Londres: Yale University Press, pp. 133-155.
- Tarrow, Sidney. (1992). "Mentalities, Political Cultures, and Collective Action Frames: Constructing Meanings Through Action", en Aldon Morris y Carol McClurg Mueller, *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven y Londres: Yale University Press, pp. 174-202.
- _____ (1997). "La creación de marcos para la acción colectiva", en Tarrow, Sidney. *El Poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Ed. Alianza Universidad, Madrid, pp. 207-233.